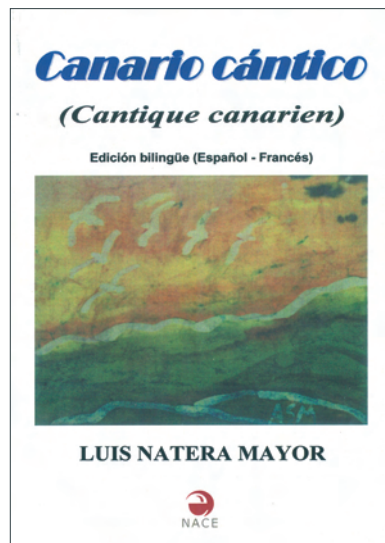


- 
- NATERA MAYOR, Luis. *Canario cántico = Cantique canarien*; [prólogo, Jesús Páez Martín]. Las Palmas de Gran Canaria: Nace, 2013.
- 

CONCLUIDA LA LECTURA DEL ÚLTIMO POEMARIO de Luis Natera, por asociación o por azar, nos vino a la memoria una consideración del Premio Nobel Jaroslav Seifert que certificó: «La música y la poesía son en el mundo lo más hermoso que la vida puede darnos. Exceptuando el amor, por supuesto». Y Juan Ramón Jiménez no recetaba en vano aquello de «Amor y poesía cada día». Ambos ofrecimientos hemos de agradecer a Natera, que, fiel a una muy clara trayectoria poética desde que lo conocemos, no ofrenda sino las necesarias mutaciones fieles a sus revelaciones.

Normalmente, el poeta ha buscado su palabra esencial como respuesta a la más próxima e inmediata existencia: así, ha poetizado a la amada, al entorno familiar, a Dios, a su hijo Miguel, al amor, a la vida y a la muerte. Ahora también la busca en la tradición y en la historia de su auténtica y profunda canariedad. Desde el título. Recordemos que el poeta es un jugador con emociones y palabras. Su primer paso es la selección de una emoción –aquí la identidad más propia– y de una palabra –aquí un sintagma: «canario cántico»–; pero el poeta quiere lograr una latencia con ello, y en ese título, que toma prestado a uno de nuestros poetas fundacionales, se adensa la finalidad, la intención de todo lo que propone el poemario.



Cubierta de  
*Canario cántico*  
de Luis Natera Mayor.

Repetimos que ya en la lírica anterior el creador canario había articulado sus versos en torno a los motivos del amor y el sentimiento hacia la mujer y su hijo. Debía ahora recubrir con lenguaje lírico el amor a la tierra y al terruño. La actualización de ello es *Canario cántico* en sus estructuradas tres partes, sucesivamente: «Islario» –que no es cultismo más distanciador de insulario– es el primer ámbito determinante y determinado de su ser canario; «Cuaderno de Salinetas», que remite más a su espacio terruño, el solar de su infancia, en tanto que «Sin que concluya el agua» se articula en torno a los mitos que la tierra ha sabido arrancarle al poeta: de Fataga a la calle Triana, de Vegueta al Arroró, de Garachico al Jacarnadá.

Por su inspiración, por la naturaleza de sus componentes esenciales, por los intertextos asumidos con gran naturalidad, por la aceptación sencilla, clara e inmediata de su condición de insular canario sin victimismos y complejos de marginal, este nuevo libro de Luis Natera, para el que lo ha leído, analizado a fondo y ahora escribe sus más vividas impresiones, comporta unos primeros valores en la identificación plena y absoluta con el contenido y sus matices, en la actitud frente a una tierra, una patria y un paisaje que nos ha marcado sin dramatismos y en la expresión atemperada sin añublar cierta vehemencia. Así, cuando sonetiza a Salinetas confiesa sin embages:

*Esta playa posee mi propia luna,  
cada ola es mi vida y cada tarde  
cobijo de mi piel y mi fortuna.  
Y así ha de ser, sin que haga de ello alarde...*

Los valores persisten ante el hecho de que avanzando lectura bebiendo versos, el poemario derrama poesía contagiosa, lirismo pegadizo y afinidades colectivas, porque es evidente que nos toca hondo el propio sentimiento de canariedad sobrio y contenido, alejado de alharacas sensibleras. Ello es lo que, a un tiempo, nos impulsa a apartarnos un tanto de la rigurosidad de la crítica profunda y el

uso y abuso de términos técnicos, análisis intrínsecos o extrínsecos y hasta de valoraciones académicas; antes muy al contrario, desde sus primeros versos nos prenden –ese sugestivo y cercano «Isleños» que nos increpa y apostrofa en la Dedicatoria resonante de nuestro pasado y nuestro futuro–, sentimos también, a la par que el propio poeta, la íntima necesidad de traducir, de reinterpretar su palabra poética, dejándonos llevar por el lenguaje de la sensación y la emoción, tratando de sintonizar lo que el poeta expresa con la vivencia particular que nos despierta; intentando sumar la confesión y la relación que en la realidad poética se ensamblan, logrando una expresividad a partir de una lengua sensoria capaz de imágenes de raigambre simbolista como:

*Fin y comienzo  
de arenas movedizas  
salpicadas de luces.*

Un nuevo valor reside en la «fermosa cobertura». Porque es autor de un verso cincelado que transmite ecos de su propia voz y no sólo ecos culturalistas, como es lógico en un creador culto e ilustrado como Luis, sino ecos arraigados en y desde lo humano que nos entraña –a él que emite, dice, escribe; y a mí que recibo, escucho, leo– en una misma cosmovisión recreada en palabras, en formas estróficas, en versos clásicos o expresiones versolibristas modernas que dan idea del dominio de escritura poética que inviste y asiste. Va un ejemplo en que privilegia un léxico por todo insular conocido y una latencia común:

*Como los burgaos en la piedra  
los niños nos asíamos  
a las maternas asas de la vida  
y chillábamos sin pudor  
por no perder aliento  
para el margullo heroico.*

Ahora el cincel se sitúa en la retórica clásica y en la doble referencia tópica de nuestra naturaleza determinante: el mar y el monte. Y así perfila el verso labrado:

*No sólo el mar atraviesa el alma  
con su interno rumor entrecortado,  
sino el fragor del monte iluminado  
y el aire limpio de una noche en calma.*

Y es que *Canario cántico* es una experiencia de lectura constatatadora, pues, desde que rebasamos la épica dedicatoria en la que Natera se inviste de vate clásico, pidiendo y conjurando la convocatoria de dioses y diosas, de padres e hijos del solar isleño, nos conmina inmediatamente a instalarnos en un ahora, en un retorno a las luces y a las sombras, al fin y al comienzo de la raíz espacial dispersa:

*Para que antiguas musicadas despierten  
entre espumas y nubes,  
sombras y olvidos vividos...*

Y así, también épico-líricamente, comienza de inmediato el «canario cántico» en la hermosa cubierta de un soneto clásico, se intertextualiza a Cairasco, que se desarrolla y concibe «sub specie aeternitatis»:

*Para cercar su vuelo persuasivo  
no habrá nube, ni sombra, ni poniente  
que haga callar su cántico exclusivo.*

El poeta enlaza luego con otro buen motivo: el de los puentes metafísicos de la unión entre islas para ir a parar en el poema siguiente a la evocación y descripción metafórica de unas prehistóricas ínsulas –nótese, ahora sí, el culto arcaico– que nacen, se alimentan y visten enraizadas en el sol que las ciega en la tarde.

Emoción patente como producto de una latente elaboración a partir de los iconos identificables y las mágicas,

arcaicas, históricas, literarias connotaciones de las palabras-nombres: Junomia, Lancelot, Capraria, Garoé, Nivaria o Canaria sin olvidar a Graciosa, Lobos o San Borondón, que también se sienten afectadas por esta «poética del nombrar común»: el silbo, el guarapo, la aulaga, la roca ya fría, el malpaís, el dromedario, el faro, el lagarto y los lobos de mar. Todos los ingredientes del sustrato emocional de la canariedad profunda lucen, suenan, laten tras la música de los versos transidos del amor y homenaje tocándonos la fibra de la propia identidad y su belleza.

. . . . .

Entrar en el «Cuaderno de Salinetas» supone un ejercicio de nostalgia, una sensación de «temps retrouvés», una sensible y estética nostalgia de nuestra existencia –infancia, juventud, madurez– compartida con un paisaje, con una ola, con un mar, con una playa, con una arena, con unas conchas, un hoyo en que cabe un mar, unos bañistas de membrillo, las pardelas, los erizos, la calma chicha y las mareas del Pino... Todo transido de emoción y presentando con una pátina de belleza reencontrada, la belleza de un tiempo, un espacio y un estado en que:

*Era el momento de la luz  
y la quietud del mar.*

Versos en los que revive a Juan Ramón y a su *Diario de poeta y mar* en tonos como:

*Tú que me enseñas, ola,  
la plenitud del ritornello...  
¿Acaso no me dices  
que es cierto y que es eterno  
el movimiento del amor...?*

Y el poeta, como el moguereno, se contagia y nos contagia no sólo de ese flujo y reflujo marino que condiciona

su duda, sino que la naturaleza plena –sol, lluvia, árbol, hijos– que aseguran su eternidad, aunque también de los juanramonianos nombres –*¡Inteligencia dame / el nombre exacto de las cosas!*– que nos soportan el recuento:

*No sólo el sol, la lluvia o la tormenta  
condicionan la vida de los hombres,  
también el árbol, los hijos y los nombres  
de un lugar o de un fruto rinden cuenta...*

. . . . .

La última parte del poemario no lleva un vano título: es la invitación a la continuidad en la emoción que se ensancha o se acorta hacia poemas que nos empujan a reflexiones sobre la maldad que nos acecha: cancerberos, plagas, incendios, calimas, piratas...; o la recreación de y sobre lugares emblemáticos y motivos insulares arraigados: de Telde y Garachico, Vegueta y Triana, el drago, el arrorró y los cenobios.

Por otra parte, reseñamos ya una de las mejores y mayores virtudes del poeta y sus poemas: el desvelamiento de sus cartas y la verdad lírica anunciada, asumida y descubierta en el magnífico poema «Sin auxilio de voz», donde, tras un recuerdo a León Felipe –*Como tú, piedra, como tú*–, el creador atribuye sus mejores cantos a la propia naturaleza canaria, porque:

*Tal vez la brisa urda  
lo sencillo,  
sin auxilio de voz  
ni de palabra.  
Sólo el canario cántico  
sabe decir lo simple,  
lo ausente puro,  
lo oculto en lo disperso.*

No culmina el libro con esta maravillosa propuesta de emoción intelectual, porque aún hay sitio para la emoción

cordial, que recorre y nos lesiona una vez más la sensibilidad con el análisis del poema «En su otra isla», dedicado a su padre gaditano que supo ensamblar su «cante hondo» con el «canario cántico».

Insistimos: aquí se habla de nosotros, los isleños, los insulares del mundo con la voz de intensidad, tono y timbre necesaria y auténtica. Y, si como decía nuestro admirado Antonio Machado:

*El alma del poeta  
se orienta hacia el misterio.  
Sólo el poeta puede  
mirar lo que está lejos  
dentro del alma, en turbio  
y mago sol envuelto.  
En esas galerías,  
sin fondo, del recuerdo...*

este *Canario cántico* de Luis Natera revela, desvela, recuerda, anhela y, sobre todo, expresa.

Tampoco es casualidad que en un poema de título muy revelador, «En el aire sutil», leamos directamente esta hermosa e idealista declaración de intenciones:

*Me elevaré en la nube  
que sacia y transparenta.  
Rebasaré la altura  
del mirlo y la avutarda  
y, libre, soñaré  
con pájaros quemados  
que en el aire sutil  
dejaron humo y canto.*

Una vez más, se cumple inexorablemente el mito del eterno retorno: la teoría baudelaireana de la elevación y el albatros se hace carne y verbo. Y habita entre nosotros por la palabra estéticamente elaborada de Luis Natera Mayor,

poeta teldense nacido en Las Palmas de Gran Canaria,  
poeta canario.

Un lienzo auténtico de insularidad tamizado de canariedad.

J. JESÚS PÁEZ MARTÍN

[Doctor en Filología Hispánica]

[Prólogo escrito por Jesús Páez Martín en el año 2009 y reproducido de la edición NATERA MAYOR, Luis. *Canario cántico = Cantique canarien*. Las Palmas de Gran Canaria: Nace, 2013].